

Elena Huber  
(Universidad de Buenos Aires)

Miguel Alberto Guérin  
(Universidad Nacional de La Pampa)

LA CRÓNICA DE INDIAS, UNA MIMESIS  
ENTRE LO ÉPICO Y LO DRAMÁTICO

OSVALDO PELLETIERI, ed. 1997. *El teatro y su mundo. Estudios sobre teatro iberoamericano y argentino*. Buenos Aires: Galerna – Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 173-187.

LA CRONICA DE INDIAS, UNA MIMESIS  
ENTRE LO EPICO Y LO DRAMATICO

Elena Huber  
(Universidad de Buenos Aires)

Miguel Alberto Guérin  
(Universidad Nacional de La Pampa)

*La poesía es más filosófica y elevada que la historia,  
pues la poesía refiere más bien lo universal, la histo-  
ria, en cambio, lo particular.*  
Aristóteles, *Poética*, IX.

Durante los últimos decenios, la *Poética* tiende a ser vista, por unos, como una teoría de validez eterna y, por otros, como la perduración de confusiones conceptuales y de posiciones dogmáticas (Reisz de Rivarola, 1989, 65). En ambos casos, puede ser considerada como inhibitoria de cualquier planteo realmente novedoso. Sin embargo su concepto de mimesis y sus reflexiones sobre lo que puede denominarse el género historiográfico, resultan útiles para indagar sobre la existencia y la función de fragmentos dialogados en las denominadas “crónicas de Indias”. Se trata de verdaderos subtextos de ninguna relación con los discursos originarios o derivados de la historiografía clásica, y cuya comprensión se enriquece al vincularlos, por comparación de contraste o similitud, con las “especies de la poética” (Aristóteles 1947, I, 35) y también al confrontar algunos de ellos con una obra dramática –si esta denominación no resulta inadecuada– en quechua, de, aparentemente, fines del siglo dieciséis, traducida y publicada por Jesús Lara, en 1957, con el título de *Tragedia del fin de Atawallpa*, que pertenece al género *wanka*, es decir, que se trata de una obra de carácter eminentemente histórico, que reme-



mora vida y hazañas de monarcas y de los grandes adalides del imperio incaico, ya muertos en el momento de su composición (Lara 1989, 15-16).

En primer lugar caracterizaremos el tipo de texto en que los mencionados fragmentos se encuentran, cuya variedad y especificidad quedan ocultos en la denominación tradicional de *crónica* generalmente aceptada.

### 1. Desde la crónica de un rey a la relación de un conquistador

*Crónica*, palabra proveniente del latín (Plinio 35, 58), documentada en la lengua castellana desde el último tercio del siglo trece, remite, desde su etimología griega (*cronos*), a un texto que contruye un determinado tiempo. La delimitación de ese tiempo, de ese devenir, es, en la gran mayoría de las crónicas castellanas anterior a la voluntad del cronista, está dada. Si tomamos como ejemplo las *Crónicas* que el Canciller Pedro López de Ayala escribió de los cuatro reyes a quienes sirvió—Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III—, el tiempo queda periodizado por el referente principal del texto, que se convierte en el sujeto semántico, *explícito o implícito*, de todos y cada uno de sus fragmentos: un rey; a tal punto que la etimología popular favoreció la variante *corónica*, debido a que “las crónicas solían tratar de los hechos de personajes coronados” (Corominas 1954, s. v. *crónica*).

Pero, en estos casos, la crónica, a diferencia de lo que sucede en la historia, presupone, además, en quien la escribe, la condición de súbdito, es decir la condición de contemporáneo del rey y de testigo de los hechos con que la narración entreteje su devenir. Por este camino el cronista puede llegar a incorporarse al texto, como un actor más, con lo que se garantiza un protagonismo que le depara una parte de la inmortalidad que construye para su rey. Así el canciller Ayala incorporó a su crónica su propio discurso con el que se opuso al proyecto de Juan I de repartir el reino entre sus hijos.

Para la Corona, el descubrimiento de América se tradujo, de inmediato, en una creciente necesidad de obtener, de los protagonistas de la expansión, los conocimientos necesarios para evaluar la magnitud de la empresa y de su posible renta, y para dirimir las áreas de influencia respecto de Portugal<sup>1</sup>. Más tarde, el rentable crecimiento de la colonización hizo que la obtención de esa información se incorporase a las obligaciones de los funcionarios residentes en

América<sup>2</sup>. Simultáneamente se fueron creando, dentro de los cargos de las instituciones metropolitanas, las responsabilidades de recibir, ordenar, organizar y, en ocasiones, publicar la información, empezando por la de carácter técnico, esencial para la organización práctica del Imperio<sup>3</sup>.

En febrero de 1526, Gonzalo Fernández de Oviedo publicó su *Sumario de la natural y general historia de las Indias*, dedicado a Carlos V, en el que diferencia explícitamente el “imperio occidental de las Indias” —“aquellas partes”— (1526, f. II r.) del “primer mundo que Tholomeo tenía en su cosmographia” (f. LII r.). En 1532, cuando suplicó al Rey un salario para recopilar lo que, de las “cosas de Indias” tenía escrito y escribir “todo lo que queda”, que Oviedo elevó a Carlos V (Schäfer 1935-1947, II, 405, nota 4), el Consejo de Indias, todavía pensaba en la posibilidad de incorporar dicha obra a la “crónica de España”. La diversidad y amplitud temática, la progresiva independencia de los hechos de Indias respecto del acaecer metropolitano y, sobre todo la infuncionalidad, para los mismos, de la periodización por monarcas, rápidamente evidenciaron que eso no resultaba posible.

De manera simultánea pero independiente de la crónica oficial de Indias promovida por la Corona, que alcanzó su máxima expresión con Antonio de Herrera y Martín Fernández de Navarrete, crecieron las relaciones, frecuentemente también llamadas crónicas, cuyo ejemplo inicial es el *Diario del primer viaje* de Cristóbal Colón. Se trata de relatos de la propia experiencia que responden a fines “pragmáticos, apetecibles y legítimos en un mundo colonial en formación, en el cual los mecanismos del ascenso económico y, consecuentemente político y social descansan en la voluntad del Rey, y requiere, del individuo o del grupo, la capacidad o habilidad para hacer valer ante él los méritos que los servicios cumplidos, o pretensamente cumplidos, implican” (Guérin 1992, 196-197).

El mecanismo central de estas relaciones, que ejemplificaremos con la *Relación del descubrimiento y conquista de este reino del Pirú*, de Pedro Pizarro, fechada en Arequipa en 1571, de cuya edición nos hemos ocupado, consiste en producir, para el Rey, un texto que construye la génesis de una parte del mundo colonial como un hecho excepcional, que ha requerido de la heroicidad de sus protagonistas y ha resultado excepcionalmente provechoso para la monarquía, debido a la incorporación de nuevas tierras, hombres y cuantiosas riquezas. Instalado este discurso, se enmarca en él otro que organiza las más diversas acciones, todas de mérito sobresaliente, que ha llevado a cabo el propio autor de la relación, que resultan ser de



importancia fundamental para el buen éxito de la empresa.

El texto resultante, similar por su intención al de una probanza de méritos y servicios, no apela, como sucede en este documento característico de la organización imperial, a las manifestaciones de testigos que ratifican y, en ocasiones, amplían lo dicho por el solicitante al rey de algún beneficio extraordinario, aunque adecuado a la importancia de las acciones cumplidas. Pero la necesidad de evidenciar la verdad de lo dicho resulta ser una característica central de las relaciones. Una y otra vez el texto incorpora precisiones sobre el particular modo en que el autor accedió al referente. Se reitera que lo que se narra fue visto, presenciado por el narrador, a diferencia de otros autores que narran aquello de lo que no participaron. Al anteponer la experiencia perceptiva a la intelectual, el texto subraya al mismo tiempo su absoluta veracidad, su condición de texto historiográfico de verdad indiscutible y el protagonismo de su autor. La excelencia de su historiografía garantiza su excepcional participación en los objetivos imperiales.

Pero las relaciones cuentan con técnicas narrativas más sutiles para sugerir o probar al lector la vinculación entre lo narrado y su autor, que nunca se presenta como omnisciente y anónimo, al modo de la épica, sino como individualizable, como un laborioso historiador que rescata para el futuro lo valioso que podría perderse de no mediar su acción.

En este trabajo nos referiremos a una de esas técnicas, todas las cuales pueden vincularse con provecho para su mejor comprensión, a la mimesis. El texto, en efecto, no se confunde con la realidad, se limita a imitarla de manera inigualable, en lo que reside su condición de indudablemente verdadero. El autor prueba a menudo su doble condición de narrador y protagonista, presentándose con la capacidad de transcribir las palabras de los sujetos de su historia, que por esta vía tienden a convertirse en personajes de una situación dramática. La posibilidad de producir un discurso directo, de *dar voz* a los sujetos de la narración, prueba por sí misma la inmediatez con lo narrado. El texto se puebla así de los dichos de españoles, que en ocasiones resultan en diálogos relativamente extensos, y también de los dichos de los indígenas, especialmente de sus jerarquías político-religiosas de ese mundo, que para el hombre de la conquista constituye una entidad ambivalente.

En efecto, las acciones del indígena deben, por una parte, presentarse como motivos que lo tornan en necesario enemigo; la violencia del despojo debe presentarse como una guerra justa motivada por la ofensa inferida a valores centrales de la propia cultura. Esa guerra,

por otra parte, se acerca a la gesta de modo directamente proporcional al valor y la capacidad guerrera del oponente. Por último, los jefes indígenas evidencian un poder sólo comparable con el del monarca metropolitano, estar cerca de ellos es una distinción que puede convertirse en mérito para un hombre del común de la empresa.

Resulta más evidente la organización dramática de estos fragmentos en los que se da voz a los españoles y a los indígenas, si se tiene en cuenta que lo que se presenta como dicho tiende a autonomizarse de la secuencia narrativa de la relación.

Pues, andando el Soto, como tengo dicho, en busca de Chile Masa, aconteció que, subiendo a la gente de a caballo por una sierra muy agra, el Chile Masa los vio desde un monte donde estaba escondido, y dijo, el Chile Masa, a unos principales que con él tenía: "Pues éstos suben por esta sierra con los caballos, yo no me puedo escapar; bueno será salir de paz" (Pizarro 1571, f. 14 v.).

El texto construye un momento central de la guerra: la confrontación entre el equipamiento bélico de los españoles y las condiciones de la naturaleza americana, que fueron vistas por Atahualpa y los jefes indígenas como una defensa inexpugnable. Chile Masa está escondido en y protegido por una "sierra muy agra", y ve subir a los españoles con sus caballos. En este momento de la narración Pizarro muestra el cambio en el espíritu del jefe: lo que ve le basta para saberse derrotado. Lo narrado se transforma en escenario de una escena, que el autor de la relación independiza de lo anterior con claros indicadores textuales. Repite el sujeto, quien se convierte en protagonista, indica sus interlocutores, "los principales" que lo acompañan, señala su gesto de mirar y le da voz. Chile Masa cuenta entonces lo que ven él y sus acompañantes, y que el lector-espectador no puede ver, por lo que Pizarro le hace repetir lo ya dicho en el segmento narrativo del texto: los españoles pueden subir la sierra muy agra con sus caballos.

Según la *Poética* de Aristóteles, este fragmento permite diferenciar dos "modos" distintos de mimesis.

Se puede imitar con los mismos medios y a los mismos objetos, o bien narrándolos (ya sea como por boca de otra persona, según lo hace Homero, ya como por sí mismo, sin cambiar de persona) o bien haciendo obrar y actuar a todos los imitados (Aristóteles 1959, III, 40).



Según estos modos, Pizarro nara que Soto busca a Chile Masa por los montes, con su gente de a caballo. Luego abandona la narración y hace "obrar y actuar" a Chile Masa. No se trata, por cierto, de crear una obra representable; es más, la razón dice que la escena no puede haber sido presenciada por el autor de la relación. Sin embargo, en la lógica textual esta mostración del mundo de los guerreros indígenas no resulta contradictoria con la condición de testigo que Pizarro reivindica durante toda su relación. Se trata, en primer lugar, no tanto de "relatar hechos que sucedieron", sino de mostrar "lo que puede suceder, lo que es posible según la verosimilitud o la necesidad" (Aristóteles 1959, IX, 60). Se ha pasado de lo particular, las acciones bélicas de uno de los combatientes, Hernando de Soto, a lo universal desde la perspectiva de la guerra, a las razones profundas que dan cuenta de una aparentemente inexplicable derrota de tantos a manos de tan pocos. Chile Masa no deja de ser otro de los combatientes, pero al darle acción y voz, recibe un carácter, "aquello conforme a lo cual decimos que los personajes son de una determinada calidad" (Aristóteles 1959, VI, 50): el carácter del vencido. De lo particular se pasa a lo universal, a ello aspira la poesía de la tragedia "aunque imponga nombres personales" (IX, 60). Por otra parte Pizarro no queda desautorizado como historiador: sólo la intimidad que confiere la condición de enemigo pudo dar acceso a esta construcción discursiva.

En lo expuesto, no debería verse necesariamente un reflexionado y deliberado arte en la producción textual, sino el producto de una frecuentada práctica narrativa.

Parece que la poesía tiene su origen en dos causas, y ambas naturales. En efecto, el imitar es connatural para los hombres desde la infancia (...) y la otra causa es el hecho de que todos gozan con la imitación (IV, 43).

Entre los españoles de la conquista, la narración fue algo más que un ejercicio natural y gozoso. Bernal Díaz del Castillo evidencia el gusto por recordar y la competición entre los más memoriosos, pero esto debe ser enmarcado en una circunstancia sociocultural extrema. Los conquistadores son migrantes sin familia, sin grupo social que los contenga, ya que provienen de muy distintas aldeas de la Península, rodeados por culturas que no entienden, a pesar de que a veces los sorprendan o admiren, y a cuyos portadores deben ver como enemigos y tratar en consecuencia, aunque el botín de guerra incluya mujeres para el servicio personal y el trato sexual, que

constituyeron una lenta pero irreversible vía para la aculturación asimétrica de los vencedores y los vencidos.

Se trata, entonces, de gente todavía no agrupada, con una identidad en crisis, que los más decididos no intentan recomponer sobre el pasado peninsular sino a partir de los posibles futuros que su nuevo presente les permite. La narración oral y la escrita, que, según veremos, debe de haber fijado gran parte de los tópicos de la oral, da sentido, organiza los colectivos, construye un origen y establece un futuro posible. Narrar es un ejercicio identificatorio que debe haber resultado vital para los conquistadores que sobrevivieron y se afincaron. Indicios de ello son, en las relaciones, la recurrencia temática y las similitudes en la exposición de determinados tópicos.

Ese ejercicio identificatorio incluye necesariamente la construcción textual que identifica al otro, al indígena. Los fragmentos dramáticos de las relaciones frecuentemente dan voz a los indígenas, y algunos de ellos ponen de manifiesto temáticas comunes a los textos españoles e indígenas.

En 1555, durante la celebración en Potosí del Santísimo Sacramento, la Inmaculada Concepción y el Apóstol Santiago, se representaron "con general aplauso de los nobles indios", ocho obras. Una de ellas se refería a

la entrada de los españoles al Perú, prisión injusta que hicieron de Atahualpa, tercio-décimo inga desta monarquía, los presagios y admirables señales que, en el cielo y en el aire, se vieron antes que le quitasen la vida; tiranías y lástimas que ejecutaron los españoles en los indios, la máquina de oro y plata que ofreció porque no le quitasen la vida; y muerte que le dieron en Kaxamarca (Martínez Arzanz y Vela c. XXVII, 304-305).

En tanto su argumento es "de hechos militares, de triunfos y victorias, de las hazañas y grandezas de los reyes pasados y de otros heroicos varones" (Garcilaso de la Vega, 1943, II, XXVII), puede considerársela una tragedia (*wanka*), como las que solían componer "los *amautas* que eran los filósofos". No podemos saber si esta obra es o de ella deviene el texto publicado y traducido por Jesús Lara. Se trata sin embargo de una obra de género y temática similar, tomada de una versión de 1871, en la que existen numerosos puntos de contacto con los fragmentos dramáticos de las relaciones.

Entre las vinculaciones más evidentes está el desarrollo y análisis del presagio de la llegada de los españoles y la destrucción de la



tierra. La obra comienza cuando Atahualpa interroga a las princesas Qhora Chinpu y Qúyylur T'ika:

Por qué será que dos noches seguidas  
el mismo sueño infausto  
ha venido a turbarme (...)

Tal vez sea evidente que hombres  
vestidos de agresivo hierro  
han de venir a nuestra tierra  
a demoler nuestras viviendas,  
a arrebatarme mi dominio,  
Qhora Chinpu, princesa mía.  
(Anónimo 1989, 53, 55).

Qhora Chinpu le aconseja que consulte a Waylla Wisa

Convoca, pues, al sumo sacerdote,  
tu primo hermano,  
señor que sabe presagiar durmiendo,  
a fin de que en su sueño aclare  
debidamente lo que tú has soñado (55).

Atahualpa lo hace, repitiéndole, con leves variantes y agregados, una característica esencial del texto, la pregunta que hiciera a las princesas<sup>4</sup>. Waylla Wisa cumple el mandato de Atahualpa:

Tal vez durmiendo un poco  
me sea dado interpretar tu sueño (59).

Atahualpa manifiesta que, a partir de esa interpretación,

Luego veremos, y sabremos  
si el Sol que purifica y luz da al mundo,  
nuestro Padre, querrá alejarse  
de nosotros y abandonarnos,  
o si, al contrario, sin remedio  
convertirá en ceniza  
a aquellos que han venido codiciosos  
de nuestro oro y de nuestra plata (61).

Quedan así expuestos elementos sustanciales del planteo uni-

versal de la guerra desde la perspectiva indígena. Los sueños anuncian de manera cierta el futuro porque revelan la voluntad del Sol, el dios Padre. El "recio poderío" de Atahualpa, capaz de hacerle verter "mil lagos de sangre", emana, por descendencia, del Sol, sólo la voluntad de ese mismo dios puede doblegarlo, y lo que Atahualpa intenta averiguar es precisamente esa voluntad respecto de un mal que viene de afuera, que es externo a un sistema casi paradisiaco cuya solidez y permanencia emana del inca. El mal viene sobre el mar; son hombres agresivos, ligados al hierro de sus barcos y de sus hondas, a lo rojo, y a las barbas, atributos que se reiteran en sus epítetos. Este mal que llega divide al espacio en dos, el enemigo, su agresión, refuerza el sentido del *nosotros*, que se liga a la tierra, a la vivienda, a todo aquello que controla el poder del inca.

Waylla Wisa confirma la interpretación negativa de los sueños de Atahualpa:

Ay, soberano mío,  
dilecto y poderoso,  
he visto cosas muy aciagas  
y ninguna agradable (63).

Pedro Pizarro, en su relación se hace cargo de esta interpretación fatalista:

Acuérdome oír decir a un orejón, señor de los desta tierra, que, antes diez años, poco más o menos, que los españoles entrásemos en ella, Aporima, un ídolo que estos indios tenían, doce leguas del Cuzco, con quien hablaban, había mandado que se juntasen los señores todos, que les quería hablar, y juntos, les dijo: "Habéis de saber que viene una gente barbuda que os ha de sojuzgar; heos querido decir esto porque comáis y bebáis y gastéis todo lo que tenéis, porque, cuando aquellos vengan, no hallen nada ni tengáis qué les dar". Esto me contó, como digo, un orejón viejo, que lo había él mismo oído (Pizarro 1571, f. 151 r.).

Pizarro, por haber estado, ha podido oír. De la persona de su informante sólo le interesa su función en el desaparecido imperio incaico y el ser, por su edad, contemporáneo de lo referido. Sólo algunos españoles han podido oír lo que sólo algunos indígenas, por su condición, supieron: los incas sabían desde antes de la llegada de los



españoles que serían inevitablemente sojuzgados.

Recoger esta versión implica aceptar un complejo y contradictorio sistema de valores. El dios indígena, al que no se reconoce como tal, en tanto se lo llama ídolo, sabía y predijo bien; el autor de la relación no quiere que el lector llegue a dudar de esto. Pero si la conquista era inevitable, la guerra hispánica, aunque sembrada de muertos y de gestos de valentía, entre los que se encuentran los que el propio Pizarro se atribuye con el objeto de alcanzar las recompensas del rey, poco tiene de heroica. El texto también acepta, desde la perspectiva española, que el espacio que construye está dividido en "esta tierra" y España, así como los hombres o son de esta tierra, y tienen su señores que el texto no niega, o son españoles, venidos de otra tierra, como el texto de Pizarro frecuentemente recuerda.

Lo particular de la historia queda circunscripto al informante, el resto pertenece a contradictorias interpretaciones de lo universal de esa guerra, cuyas consecuencias en el mundo incaico habían empezado mucho antes de la llegada de los españoles a San Miguel de Piura, llegada que, más que un inicio, resultó su culminación.

Pizarro pudo haber optado por una indagación histórica de lo particular que tradujese al plano racional la versión de su informante. La tradición hispánica guardaba memoria de que los españoles recorrían el norte del Pacífico sudamericano desde hacía ya muchos años, cuando bautizaron Pirú al imperio incaico.

Por su parte, los incas llegaban al Caribe, para comerciar los productos que transportaban sus balsas, una de las cuales fue tomada por el piloto Bartolomé Díaz y sirvió tanto como prueba de la riqueza de ese imperio sureño cuanto como forma de financiación del viaje de Pedro Pizarro a España para reclamar los derechos exclusivos sobre esa conquista. Las noticias, sin duda imprecisas y deformadas en sus detalles, pero correctas en su esencia, pudieron explicar al historiador la actitud de los sacerdotes de Apurima, cuyos intereses económicos no son difíciles de inferir: solicitar, por ejemplo, dádivas mayores al templo, en ocasión de un apocalipsis construido sobre hechos excepcionales. Esta explicación ha sido, por otra parte, la predominante hasta nuestros días, para una historiografía documentalista y esquematizante.

Pizarro opta por un texto más complejo que, así como recoge los milagros de su Dios y las oportunas intervenciones de Santiago en la guerra, también da cabida a la explicación indígena de la derrota, que ha quedado documentada en la dramaturgia incaica inmediatamente posterior a la conquista. Para ello da voz no a un inca sino a un "ídolo" incaico, mediante un rasgo dramático que nos recupera lo

que pudo suceder según la necesidad de la cosmovisión propia del mundo indígena.

## Notas

1. Y porque después de la venida de los portugueses, en la plática que con ellos se ha habido, algunos quieren decir que lo que está en medio, desde la punta que los portugueses llaman de Buena Esperanza, que está en la rota que agora ellos llevan por la Mina del Oro e Guinea abajo, fasta la raya que vos dijistes que debía venir en la bula del papa, piensan que podrá haber islas y aun tierra firme, que, según en la parte del sol que está, se cree que serán muy provechosas y más ricas que todas las otras; y porque sabemos que desto sabéis vos más que otro alguno, vos rogamos que, luego, nos enviéis vuestro parecer en ello, porque, si conviniere y os pareciera que aquello es tal negocio cual acá piensan que será, se enmiende la bula, por eso, por servicio nuestro, que luego nos lo escribáis" (*Los Reyes*, 1954a, 132-133).
2. Item. Porque tenemos alguna sospecha que en la isla de Cuba hay oro, debéis procurar, lo más presto que pudiéredes, de saber lo cierto, y, en sabiendo alguna particularidad cercad de ello, hacédnoslo saber. Item. habéis de tener mucho cuidado de me avisar, luego que llegáredes, placiendo a Nuestro Señor, a la dicha Isla Española, del estado en que halláredes las cosas, y así continuaréis siempre en me escribir, larga y particularmente, todas las cosas de allá, y de vuestro parecer sobre todo ello (Fernando V 1954, 386-387).
3. En 1526, el Consejo de Indias, después de visitar la Casa de Contratación, decidió revisar el "padrón náutico", es decir la norma de la navegación a las Indias, para lo cual la información recibida de los pilotos sevillanos consultados fue emitida al Piloto Mayor de la Casa, quien confeccionó un nuevo padrón, que debía ser revisado periódicamente. Después de cada revisión el Piloto y los Cosmógrafos debían legalizar las nuevas copias impresas del mismo (Schäfer 1935-1947, I, 81 y II, 404).
4. Dos noches sucesivas en mis sueños/ no he visto nada lisonjero./ Al despertar, una turbia zozobra,/ una ansiedad horrible me ha invadido./ Durante los dos sueños/ hombres cubiertos de irritante hierro/innumerales han brotado/ como de las entrañas de la tierra./ han arrasado nuestras casas./ y han saqueado, codiciosos./ los templos de oro/ de todos nuestros dioses./ y el cielo y las montañas/ han ardido con llamas rojas./ rojas como el pecho del *pillku* (59).

## Bibliografía

- Anónimo, 1989. *Tragedia del fin de Atawallpa*. Versión en español y estudio preliminar de Jesús Lara. Introducción de Adolfo Colombres, Co-



- chabamba: Ediciones del sol - Los amigos del libro.
- Aristóteles, 1947. *Poética*. Traducción y notas de Eilhard Schlessinger. Buenos Aires, Emecé.
- 1974. *Poética*. Edición trilingüe por Valentín García Yebra. Madrid, Gredos.
- Arocena, Luis A., 1944. "Pedro Mártir de Angleria y sus Décadas del Nuevo Mundo", *Mártir de Angleria* 1944, VII-XXI.
- 1963. *Antonio de Solís, cronista indiano. Estudio sobre las formas historiográficas del Barroco*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Fernández de Navarrete, Martín, 1945. *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles, desde fines del siglo XV* [17]. Buenos Aires: Guaranía.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, 1526. *Sumario de la natural y general historia de las Indias*. Sevilla: Ramón de Petras. (Edición facsimilar: 1978. Madrid: Espasa-Calpe).
- Garcilaso de la Vega, Inca, 1943. *Comentarios reales de los Incas* (1609). Ed. Angel Rosenblat. Prólogo de Ricardo Rojas. Buenos Aires: Emecé.
- Guérin, Miguel Alberto, 1992. "El relato de viaje americano y la redefinición sociocultural de la ecumene europea", *Disposito* (Department of Romance Languages, University of Michigan) XVII, n° 42, 1-19.
- 1992. "Historiografía y política en el Perú del siglo XVI: la *Relación* de Pedro Pizarro, Arequipa 1571", *Kohut* 1992, 188-202.
- Kohut, Karl y otros, ed. 1992. *De conquistadores y conquistados. Realidad, justificación, representación*. Frankfurt am Main: Vervuert.
- Lara, Jesús, 1989. Estudio Preliminar y versión en español de *Tragedia del fin de Atawallpa* de autor anónimo. Cochabamba: Ediciones del Sol.
- Martínez, José Luis, ed. 1990-1992. *Documentos cortesianos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México - Fondo de Cultura Económica. 4 tomos.
- Martínez Arzanz y Vela, Nicolás, 1945. *Historia de la Villa Imperial de Potosí (MDXLV-MDLXXVII). Riquezas incomparables de su famoso cerro. Grandezas de su magnánima población. Sus guerras civiles y casos memorables* (1705). Ed. Gustavo Adolfo Otero. Buenos Aires: Emecé.
- Mártir de Angleria, Pedro, 1944. *Décadas del Nuevo Mundo* (1530). Traducción de Joaquín Torres Asensio (1892). Buenos Aires: Bajel.
- Reisz de Rivarola, Susana, 1989. "La literatura como mimesis. Apuntes para la historia de un malentendido" (1980); ídem, *Teoría y análisis del texto literario*. Buenos Aires, Hachette, 65-78.
- Reyes Católicos, 1945a. *Carta mensajera de [...], encargando al Almirante que parta cuanto antes*, 05.09.1493, Fernández de Navarrete, II, 131-133.
- 1945b. *Carta de [...] contestando a las que el Almirante les envió con Torres*, Segovia, 16.08.1494, Fernández de Navarrete, II, 184-186.
- Schäfer, Ernesto, 1935-1947. *El Consejo Real y Supremo de las Indias. Su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos de

- Sevilla. 2 tomos.
- Velázquez, Diego, 1990. *Instrucción que dio el adelantado [...] a Hernando Cortés*. Isla Fernandina, 28.10.1518, Martínez 1990, I, 47-57.